

# Crónica uterina, el útero se comunica

María Cristina López Bolívar

Activista uterina, anarquista por vocación, profesora y Filósofa, mcristina.lopez@udea.edu.co

“¿Vas a ser la serpiente o vas a ser la piel desechada por la serpiente?”

Anne Boyer

¿Por qué tengo que aprender a vivir con dolor?

Fue la primera pregunta que habitó mi mente cuando me diagnosticaron endometriosis profunda.

Tenía 32 años en ese momento y toda una vida que quería dedicar al activismo, la docencia y a la vocación por la enseñanza y el aprendizaje. El diagnóstico fue el 07 de abril de 2021, *ad portas* de un estallido social en mi territorio que demandaría muchos esfuerzos corporales, pues mientras en la calle las personas le gritábamos al presidente de turno “¿por qué nos asesinan?” mi útero me gritaba desde el dolor que necesitaba ser sanado. Así es la vida en Colombia: ardiente, agónica, intensa, voraz, indomable y siempre intempestiva ¿de qué otra manera podría entonces ser la vida uterina aquí?

Ante la sabiduría que nos otorga la perspectiva del tiempo, puedo entender que al ser diagnosticada con endometriosis no solo sentí angustia e incertidumbre porque no sabía qué era; también sentí ganas de morir para no vivir lo eterno de las enfermedades crónicas y pensé que era muy temerosa para este sentir porque la vida para mí es un privilegio vivirla y quería seguir haciéndolo, aunque no supiera cómo ante el nuevo acompañante del viaje: el dolor. Pero también sentí un gran alivio porque después de tres años de ir recurrentemente donde la ginecóloga, hacerme exámenes y probar diferentes anticonceptivos, por fin mi dolor era reconocido. No me estaba inventando esa sensación de que un animal

vagaba por mi útero; aquella otra sensación de quemón en mi vientre y mucho menos el dolor agudo que me tiraba a la cama y me hacía tensionar mi entrepierna cuando estaba sentada. Todos mis síntomas eran reales y no productos de mi imaginación (como alguna vez lo sugirió un médico que decía que yo no aguantaba ser mujer y que me embarazara para que se me quitaran los dolores y conociera un dolor real).

Al referirnos a enfermedades crónicas, la eternidad ya no parece divina sino humana, demasiado humana. La eternidad así es rebajada a una temporalidad humana y finita: eternidad y finitud no es un oxímoron. La relación se gesta en una intimidad singular, única e irrepetible: la intimidad del dolor que padecemos por nuestra finitud y que en nuestra finitud nos acompañará eternamente es lo que le da sentido a la conjunción eternidad y finitud.

Por esta conjunción mi ser está perpetuamente ligado al dolor. Por ello, mi pregunta originaria y la que me lleva a presentarles esta crónica no interroga por el dolor en abstracto o inquiera una categorización del dolor. No me pregunto si me dolerá mucho o poquito. Tampoco me siento acogida por la escala de 1 a 10 que utilizan los médicos para evaluar mi dolor cuantitativamente. Mi pregunta es por la condición perenne del dolor en mi ser.

¿Por qué tengo que aprender a vivir con dolor? Porque el dolor se aferra fuertemente a mi útero, se vuelve lenguaje de mi vientre y ontológicamente

percibo un cambio en mi ser: un *ser para el dolor* que ya no tiene la esperanza *de ser para la muerte* como *pathos* de la vida.

No dejo de pensar en Heidegger y las conjunciones de “ser y tiempo” y “ser y devenir”. Le agregaría a estas “ser y dolor”. Anne Boyer en su libro *Desmorir* (2021) dice que las enfermas crónicas no somos dolor porque el dolor es relativo al tiempo y al espacio; pensando en ello, creo que hay tiempos que son aniquilados en su posibilidad de ser medidos solo por el dolor, como cuando en medio de la noche me despierto trémula de dolor mientras Hades, mi gato guardián, me ronronea desesperado sin saber qué pasa. En esa noche lo ordinario es sentir cómo mi cuerpo despierta por el dolor de mi útero y el tiempo solo es reflejo de la intensidad del dolor. Las horas, el día y la noche solo existen si la intensidad del dolor disminuye.

También hay espacios que estimulan el dolor, pero de ellos no hablaré ahora porque aún es necesario habitarlos sin predisponerlos lingüísticamente y transformándolos mediante una praxis de cuidado uterino que apenas se empieza a reconocer como exigencia social. Sin embargo, con profundo escepticismo, y a despecho de mi deseo, tengo que ser honesta con la página en blanco: a veces el dolor es lo único que soy: “Duele, por tanto, existo” presento esta ironía paradójica desde mi útero en un intento de hacerme reír de dolor, bailar de dolor, gozar de dolor, amar de dolor porque nunca existo sin mi dolor uterino, esto es, *la endometriosis*.

¿Sentí mi útero antes del dolor?, es decir, ¿escuchas a tu útero en ausencia del dolor?, ¿cuántas veces al día atendemos a nuestro útero? mi útero solo existió en mi pensamiento cuando gritó de dolor y pude sentirlo en cuanto dolor. Muchas veces en mi vida tomé decisiones que intervendrían directamente en el bienestar de mi útero y pasé por consultar esas decisiones primero con un psicólogo y no con mi ginecólogo, por ejemplo. También habitaba mi soledad y me entregaba a la razón para sopesar las dudas relacionales, pero mi útero nunca era consultado ante mis prácticas relacionales, por poner otro ejemplo. Mi útero no era un órgano que me dijera algo, que me mostrara quien era o que fuera importante para mí como mis ojos, mis pulmones (sufrí de asma de pequeña y aprendí de salud pulmonar para poder respirar con tranquilidad), mi estómago, mi nariz, mi corazón, mi cerebro, mi sistema nervioso, mi piel o mi colon, por ejemplo. En definitiva, hay

que escuchar y escuchar las complejas relaciones que tejen los órganos, pero, cierto es que no todos son escuchados con la misma atención. Mi útero no me pareció importante ni en mi menarquía o en mi primera relación sexual, o cuando decidí no utilizar métodos de planificación hormonal; ni cuando me hice las primeras y aterradoras citologías. Porque mi útero aparecía en mi conciencia solo como gestor de mi menstruación y mi salud reproductiva. Alguna vez creí en abstracto que la distancia de mi cuello uterino a mi útero era infinita y no porque no supiera que no es así, solo que, dentro de mis creencias más íntimas, mi útero estaba lejos de mi comprensión y mi relación material con el universo.

He hablado de este tema en diferentes círculos de la palabra uterina y las compañeras también mencionan el poco cuidado y conciencia que tuvieron del útero por muchos años. De hecho, pensamos que es imperativa la pedagogía uterina-menstrual y no solo la sexual-reproductiva que se practica bajo la hipersexualización de la apropiación social del cuerpo de la mujer por el patriarcado. Necesitamos aprender y expandir el cuidar uterinamente nuestro ser y nuestro lugar en el mundo.

Cuando mi madre me hablaba de su periodo de gestación o de cuando le hicieron la histerectomía no me percataba de la capacidad creadora de su útero y de ese órgano suyo que fue mi primer hogar. La partera que le ayudó a ella y que me presentaba cada vez que podía, me parecía una señora mística y profunda, pero a la que poco me sentía cercana. Cuando le retiraron el útero a mi madre sentí un tremendo alivio porque su salud mejoraría al no tener más sangrados interminables. Nunca había pensado en la divina existencia del útero creador de mi madre y, cómo gracias a su místico útero, a su infinito amor y en su amorosa elección de ser madre yo conocí la maravillosa vida que ahora tengo. Alguna vez leí que las madres quieren a sus hijas como se quieren a ellas mismas. Agregaría que también en ese amor a sí mismas las mujeres que eligen ser madres tienen una relación de cuidado y amor con su útero; así me lo habría confirmado mi madre tiempo después cuando hablamos las dos con *mamita* Emma, la sabia y poderosa partera, quien entre muchas historias nos relató cómo mis bisabuelas Rosario y Rosaura también fueron parteras exitosas y artífices del nacimiento de más de medio pueblo montañero antioqueño, pero esto será para otra crónica.

Volvamos. ¿Han dimensionado ustedes la relevancia de sus órganos y las relaciones sociales que tejen?

Mi útero sangra y necesito equiparme de las herramientas para que mi sangrar uterino pueda ser cuidado y no desechado como si se tratara de algo menor.

Dependiendo de la duración de mi menstruación, su olor, la textura, la hinchazón que provoca en mi vientre y el dolor y su potencia, mi cuerpo, mi ser, mi existencia genera unas maneras distintas de relacionarse. Me pasó que la primera vez que tuve una menstruación muy dolorosa me tiré a la cama tres días y lloraba sin razón aparente. Recuerdo que en ese entonces me reproché por no ser más fuerte que el dolor y consulté a un psicólogo porque creía estar en depresión o haber caído en algunas de las enfermedades mentales que en medio de su invisibilidad social son más aceptadas que el dolor de un útero enfermo del que no se habla y que la sociedad normaliza. De ahí en adelante tuve menstruaciones siempre muy duras y empecé a variar mi manera de vestir para que nada rozara mi entrepierna y mucho menos apretara mi vientre. Entonces me decanté por los vestidos y cambié mi temperamento. De ser muy crítica empecé a ser más comprensiva porque cada vez que me apasionaba con la crítica me dolía más mi menstruación. En esos finales de mis 20 y principios de mis 30 no lo sabía, pero la tensión anímica genera una liberación de cortisol que produce a su vez más estrógenos que, a su vez, causan cambios en el endometrio y que, en consecuencia, hacen mi menstruación más fuerte, más duradera y más dolorosa.

Nosotras somos seres cíclicos y por ello nuestros cambios anímicos obedecen a nuestros ovarios, caminos (que suelen llamar “trompas” porque así se le ocurrió a un hombre que, las bautizó con su apellido), útero, endometrio, ovocitos, cuello uterino y, por supuesto, toda la vulva. Esos cambios anímicos se pueden abrazar mejor haciendo conciencia de nuestro ciclo menstrual ¿saben en qué etapa del ciclo menstrual están, su relación con la luna, con sus deseos, con sus facultades creativas y su ser para la vida?, ¿saben la relación de su semilla de sangre con la tierra? Por ello, necesitamos pedagogía uterina, para, a su vez, acoger con la atención abierta el conocimiento más originario e íntimo de nuestro ser.

La conciencia de mi útero cambió mi manera de ser y habitar la vida. Mi útero en su dolor me comunicó unas aristas sociales, familiares, políticas, ginecológicas, éticas, pedagógicas y filosóficas que es necesario atender para entender la vida uterina como origen de un entramado de relaciones que debo comprender para abrazar el dolor de mi útero enfermo y mi linaje de amor, sanación, atención y resistencia uterina que hacemos en comunalidad uterina. 🌱



Daniela Betancur @xdanielabetancur